

pronunció la última palabra creadora; dijo: *Faciamus hominem: Hagamos al hombre*. El hombre obedece á esta voz, que no debía ya cesar de darle la vida y la luz. Se vió á un ser que participaba de la materia por la cual estaba unido con el mundo inferior, y participaba del espíritu por el cual se unia al mundo superior; cuerpo y alma juntamente, el cuerpo obrando con el alma y el alma con el cuerpo, no como dos, sino como uno solo; no como hermano y hermana, sino como un solo ser personal llamado con el mismo nombre, el hombre. En el hombre se resolvió el misterio de la unidad universal; colocado en la última clase de la línea ascendente de los seres, y en el primer escalon de la línea descendente, reuniendo en su personalidad todos los dones del espíritu y todas las fuerzas de la materia; comunicando por sus necesidades con el polo ártico y el polo antártico de las cosas, centro real de la creacion, puso en ella con su presencia el sello de la unidad y con la unidad el sello de la perfeccion.

Hé ahí el hombre, señores; hé ahí su puesto y su gloria, porque todas las grandes escenas religiosas han pasado en la tierra que habita y en el seno mismo de la humanidad. El racionalismo se ha maravillado mucho de la importancia que el hombre se atribuye; no se ha desdeñado de llamar en su auxilio la astronomía para arrancarnos del sitio eminente á que la Providencia nos había elevado, y comparando la pequeñez de nuestra raza y la inferioridad de nuestro planeta con todos los soles fijados en el espacio, se ha complacido en presentarnos como los pigmeos, por no decir los abortos del universo. Dejemos estos tristes gozos de la apostasía; y nosotros, que no tememos ser reyes, porque no tememos á los deberes del trono, sepamos medir la grandeza por la esencia y funciones de los seres, y no por su mole ó su velocidad material. Cierto, no es la tierra el centro astronómico del mundo; bástala el llevar la humanidad, que es el centro real de la creacion.

De este modo, señores, comunicó Dios á su obra la perfeccion metafísica de que está dotado. En cuanto á la perfeccion intelectual, segundo término de su perfeccion total, se encontraba naturalmente en el hombre y en los espíritus superiores al hombre, puesto que todos eran, por su misma esencia, capaces de conocer. Solo la materia, relegada á las fronteras de la nada, parecia excluida para siempre del glorioso privilegio de pensar, porque ni aun Dios puede hacer lo que encierra una formal contradiccion, y la materia, sustancia inerte y divisible, excluye, con toda la fuerza de una incom-

patibilidad absoluta, la idea de una actividad indivisible como el pensamiento, libre como la voluntad. Pero Dios, sinir hasta lo imposible, va hasta el milagro. Quiso, pues, espiritualizar la materia, segun la expresion de San Pablo, dándole una parte en las funciones mas elevadas del alma humana, y este es el secreto que entrevió Aristóteles cuando decia: «Nada hay en el entendimiento que no haya estado ántes en los sentidos.» No es esto decir, señores, que el alma no reciba en sí misma, anteriormente á todo comercio de su cuerpo con la naturaleza, una iluminacion directa de Dios, iluminacion que es para su vista interior lo que la luz sensible para el ojo exterior; mas á pesar de esta divina comunicacion, el pensamiento no toma su forma y en cierto modo sus contornos, sino despues que los sentidos, por las imágenes y la palabra, han traído al alma, en su mas profundo santuario, el tributo de su exploracion en el mundo visible. El hombre no piensa sino por medio de la totalidad de su ser, así como no vive sino por la totalidad de su ser. Todos los sistemas idealistas ó materialistas son falsos, porque dividen al hombre, representándolo como una simple inteligencia ó un puro cuerpo. El hombre en todas sus operaciones no es un cuerpo ni un espíritu; es el hombre, es decir, esa maravillosa unidad que resulta de dos sustancias íntimamente entrelazadas, la sustancia material y la inmaterial. Todo lo que las separa destruye al hombre.

Por este medio, señores, se halla elevada la materia á un grado incomprensible de dignidad. Mirad á vuestros piés este polvo sin nombre, que es el último grado de abatimiento á que llega el ser á nuestra vista; miradlo. Os le llevaréis ahora mismo con vosotros sin dignaros mirarle; el soplo del aire lo arrojará á un campo; la sombra y la luz lo incorporarán al frágil tejido de una planta. Ya es trigo. La misma casualidad de las cosas que le habia puesto á nuestros piés, le tornará á llevar á vuestra mesa con su nueva forma. Ni aun lo reconocéis, y sin embargo, de aquí á un momento será vuestra propia carne. Vedle aquí que corre por vuestras venas; penetra vuestros tejidos; sube hasta el sitio supremo de vuestra actividad exterior, á ese trono tranquilo y elevado, donde, al amparo de un poderoso escudo, se elaboran en silencio los mas puros elementos de la vida. Allí encuentra la accion recíproca del alma y del cuerpo; interviene en ella; toca á la puerta augusta de vuestra inteligencia; os ayuda á pensar, á querer; es vuestro propio ser, y sin embargo, es el grano de polvo que está ahora bajo de vuestros piés.

Con razon, pues, llamaba yo á San Pablo por testigo de la gran-

deza del mundo hasta en su elemento mas vil. ¿Qué sería si fuera y mas lejos, si os hiciera oír esta famosa expresion: *El Verbo se hizo carne?* ¿Si os mostrase al polvo en su eterno himeneo con Dios? Pero no despojemos lo porvenir en provecho de lo presente; dejemos una nube sobre el Tabor de la verdad, y acabemos este discurso mostrándoos cómo Dios comunicó al mundo su perfeccion moral.

La perfeccion moral de Dios se resume en dos palabras: justicia y bondad. Para que estas se comunicasen al mundo, no bastaba que el hombre y los espíritus superiores fueran dotados de la doble facultad de conocer y de querer, de conocer el bien y de realizarlo; necesitaban además de otro don, el de elegir entre el bien y el mal. Porque, sin esta libre eleccion, ¿qué hubiera sido en ellos la justicia ó la bondad? Una perfeccion necesaria, desnuda de todo mérito personal, y que hubiera hecho de su vida un encadenamiento de actos irresistiblemente mandados y ejecutados. Pero en Dios, cuya perfeccion total se trataba de reproducir, no existe esa fatalidad. Dios es un ser libre. Retenido naturalmente en el orden inmutable de su esencia, obra exteriormente con plena libertad, crea ó no crea, da en el tiempo y segun la medida determinada por su voluntad soberana; y aun cuando permanece dentro de sus operaciones necesarias, como son las relaciones de las tres personas divinas, no sufre el yugo de ninguna cosa que le sea exterior. No es mandado ni necesitado. Por el contrario, si el hombre y los espíritus puros no tuviesen eleccion entre Dios y ellos mismos, entre lo infinito y lo finito, su personalidad no existiria sino como una dependencia absoluta de la personalidad divina; serian otro y no ellos: no se darian por justicia ó por bondad, sino por un imperio extraño á su propia deliberacion. Estarian privados de perfeccion moral, porque tendrian una moralidad totalmente inadmisibile, y por consiguiente impersonal. Verdad es, que en Dios es la bondad inadmisibile; pero es inadmisibile sin ser impersonal, porque no es la accion de otro quien subyuga la voluntad divina, al paso que en la criatura, falta de libre albedrío, sería lo infinito quien oprimiria á lo finito. El querer humano se absorberia en el querer divino.

No he menester añadir, señores, que la misma materia, elevada al estado de humanidad, goza por su concurso con el alma de los honores del libre albedrío, y entra de este modo á participar de los derechos y peligros del orden moral. Lo habeis deducido por vosotros mismos, por poco que os haya iluminado acerca de los artificios

de la sabiduría divina para comunicar al mundo su triple y adorable perfeccion.

La consecuencia de la perfeccion es la bienaventuranza. Dios es infinitamente feliz, porque es infinitamente perfecto. Habiendo, pues, llamado al mundo al goce de su perfeccion, debió llamarle tambien á gozar de su felicidad; y como la felicidad lo termina todo en Dios, es tambien necesariamente el término final de la creacion para todo ser que no haya desmerecido de su destino. Aquí, señores, toco al nudo gordiano de la verdad, y me atrevo á creer que lo habeis ya roto por vosotros mismos.

No me preguntaréis por qué no ha dado Dios la bienaventuranza sin condiciones de mérito; ó me engaño, ó sabeis el porqué. Con efecto, si Dios ha querido comunicar al mundo todos sus bienes, ha debido comunicárselos segun el orden con que él mismo los posee, y solo segun el orden con que le fué posible comunicarlos todos. Ahora bien, los bienes divinos se reducen á la perfeccion y á la bienaventuranza: á la perfeccion, causa de la felicidad; y á la felicidad, efecto de la perfeccion. Si Dios hubiera mudado el orden, poniéndonos por solo el acto de nuestro nacimiento en la posesion de él mismo, de donde nace su felicidad, nos hubiera privado del primero de sus bienes, que es la perfeccion. Porque, segun hemos visto, el libre albedrío es un elemento necesario de ella, que la vista directa y beatifica de Dios no nos hubiera permitido poseer un solo instante. Perdidos tan pronto como nacidos en el abismo de una atraccion infinita, no hubiéramos ofrecido á la bondad divina ninguna representacion de su propia libertad, ninguna virtud, ningun mérito, ninguna correspondencia digna de su gratuita munificencia para con nosotros. Dios nos debia, pues, y se debia á sí mismo el retardar nuestra felicidad en provecho de nuestra perfeccion. Pero retardarla era ocultarse por algun tiempo á los seres criados; era envolverse á sus ojos en el velo de las cosas finitas, para que siéndoles posible la eleccion, lo fuese con ella la prueba, y de la prueba naciera en ellos una justicia digna de elogio, una bondad digna de amor.

Así fué puesto el mundo en posesion de una soberanía que le colocaba gloriosamente en presencia de Dios. Así, teniéndolo á Dios por principio y por fin, debia gravitar hácia él por perfeccion voluntaria y reconocida, hasta el día en que recorrida por entero la órbita de su prueba, reposara en el seno de Dios mismo en una bienaventuranza igual á su fidelidad.

Os he dicho, señores, todo el plan de la creacion. Os he dicho los materiales que en ella se emplearon, la manera cómo fueron dispuestos, las razones de esta disposicion, y conociendo ya vuestro principio, habeis aprendido á conocer vuestro fin. Vuestro fin y vuestro principio no son diferentes: Dios es vuestro padre, y él es vuestro fin. Es el *alpha* y el *omega* de vuestro destino, no podeis mirar mas abajo sin perderos, subir menos alto sin perecer. En vano, si sois ingratos, apelaréis á la bondad contra la justicia. Acabo de destruir esta esperanza, mostrándoos en la misma bondad la raíz de vuestros deberes. Sin duda fué la bondad quien pronunció esta sentencia: *Venid, benditos de mi Padre, al reino que os está preparado desde el origen del mundo!* (1). Pero la bondad fué tambien la que dijo estas otras palabras: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto* (2). Porque la bondad tiene por natural movimiento el comunicar sus bienes; y no teniendo Dios mas que dos bienes, su perfeccion y su beatitud, el efecto de la bondad divina es comunicaros los dos segun el mismo orden en que los posee. Si rehusais la perfeccion porque os es costosa, rehusais al mismo tiempo la felicidad que es su consecuencia. Este orden no depende de Dios; es su propia y rigurosa esencia, la misma esencia de la bondad, cuya sancion y nada mas es la justicia.

(1) Sen Mateo, cap. 25, vers. 34. — (2) Ibidem, cap. 5, vers. 48.

## SERMON CUADRAGÉSIMO NONO.

### Del hombre considerado como ser inteligente.

Ya nos son conocidos dos términos del misterio de los destinos; ya sabemos cuál es nuestro principio, y cuál nuestro fin; pero aunque este conocimiento sea de grande importancia, no nos es sin embargo suficiente. Mucho es ya el tener la seguridad de que Dios es el origen supremo de donde hemos salido; mucho tambien el saber, que nuestro objeto es alcanzar á su perfeccion y obtener su bienaventuranza: réstanos no obstante averiguar cómo hemos de caminar por esa via peligrosa, cuyos dos puntos extremos están ocupados por Dios; porque si desconocemos sus secretos hay grave riesgo de que nos extraviemos en nuestros propios caminos y de que bajemos hácia la muerte, en vez de elevarnos hácia aquel que es principio de toda vida, de toda perfeccion, y de toda felicidad. ¿Cuál es, pues, el camino que debemos seguir? ¿Se ha trazado ya? ¿Se le conoce con toda certeza?

No podeis dudarle, señores: Dios, que nos ha revelado nuestro principio y nuestro fin, ha debido revelarnos tambien el medio de dirigirnos del uno al otro, sin lo cual no se hubiera realizado el objeto divino, que era satisfacer á su bondad, comunicándose á sus criaturas. Aquí tenemos que dejar el universo para concentrar nuestra atencion sobre el hombre en particular; porque él es el que ahora nos interesa principalmente, y porque al investigar los senderos que Dios nos ha abierto para subir hácia él, encontraremos el resto de la creacion disputándonos ó facilitándonos el paso, y la teología del hombre, en virtud de la unidad que coordina y aproxima todas las partes de la obra divina, se mezclará constantemente con la teología del universo. Pero el hombre, en lo interior de su propia naturaleza, es un ser infinitamente complejo. Por su pensamiento, pertenece al orden intelectual; por su voluntad, al moral; por la union con sus semejantes, al orden social; por su cuerpo, al físico; y por todas las dotes de su alma, al orden religioso: bajo todos estos aspectos y distintas relaciones ha recibido los medios de llegar á su fin,